

# la aviación en el cine

VICTOR MARINERO

## LOS "OSCARs" DEL 68 (II)

No disuelto los méritos del musical "Oliver" que ese año se llevó el Oscar a la mejor película. Pero —refiriéndonos al tema de esta sección de nuestra Revista— coincidieron en presentarse, cargadas de "nominaciones" dos obras que revolucionaron la ciencia-ficción espacial cinematográfica. A "2001, Una Odisea del Espacio" dedicamos nuestra crónica del mes pasado, como ganadora del premio a los mejores efectos visuales. "El Planeta de los Simios" (**Planet Of The Apes**) recibió una especial por los logros del maquillaje realizados por John Chambers. Sin embargo, la importancia de ambos filmes va mucho más allá de estos "detalles". Desde "2001", las películas de viajes interplanetarios adquirieron un estilo definido, cada vez —naturalmente— más perfecto. Mientras que "El planeta de los simios" tuvo tal éxito que se prolongó en otros cuatro largometrajes entre los años 1969 a 1973 "Regreso al Planeta de los Simios" — **Beneath the Planet of the Apes** (69), "Huida del..." — **Escape from...** (70), "Conquista del..." — **Conquest of...** (72) y "Batalla por..." — **Battle for...** (73). Más otra serie de dibujos animados: "Retorno al..." — **Return to...** (75) de 15 episodios.

"Odisea" y "Planeta" tienen en común, aparte el iniciarse con el vuelo de una astronave, el que éstas se mueven no sólo en el espacio y el tiempo, introduciendo los conceptos "einsteinianos" de la relatividad y relación de ambos conceptos, limitados o ilimitados, del tiempo como 4.<sup>a</sup> dimensión, etc., sino que su propio argumento recurre a "flash-backs" o retrocesos nada menos que de milenios. Y ya no sabemos si como espectadores nos encontramos en el año mil novecientos y pico del calendario gregoriano, veinte mil años antes o proyectados otros tantos hacia el futuro. Es decir, ampliando los márgenes de "La máqui-

na del tiempo", "Los viajeros del tiempo" y tantas otras películas donde el transporte espacial se reduce a décadas o siglos, en estos filmes perdemos el sentido de esa 4.<sup>a</sup> dimensión y, o estamos dispuestos a "creérnoslo" todo, o no nos tragamos nada de lo que vemos (o nos parece ver). Pero es que precisamente esta amplitud de la supuesta posibilidad del transporte sin limitaciones de tiempo y lugar es —o debe ser— la máxima ilusión de la Aeronáutica y la Astronáutica, al intentar el salto de la ciencia-ficción a la técnica, no "superferrolítica", sino imaginariamente posible.

Pero volvamos al Planeta de los Simios. La originalidad del argumento radica en presentar la Evolución, al revés. Es decir, se supone que la civilización humana se ha destruido a sí misma con sus excesos nucleares. Y cuando los astronautas, dirigidos por George Taylor (Charlon Heston) son víctimas de una desviación de tiempo, se encuentran aterrizando en un extraño planeta habitado por simios inteligentes y parlantes (en inglés) que tienen sometidos como esclavos a humanos mudos. Esto supone el reverso de la teoría darwiniana. Y a efectos visuales una sucesión ininterrumpida de peligros para la expedición astronáutica; cuyos componentes, a través de 2.000 años de viaje y una vida actual de esclavitud, van cayendo uno tras otro. Y perecerían todos —puesto que sabio-simio Dr. Zaius (Maurice Evans) no está dispuesto a que sus congéneres lleguen a enterarse de que los hombres fueron alguna vez seres inteligentes y piensa cargárselos a todos— si no fuera porque la sabia Zira (Kim Hunter) y su compañero Cornelius (Roddy McDowall), que no se chupan el dedo tan fácilmente, deciden ayudar a escapar a Taylor y su muda amiga Nova (Linda Harrison).

La sorpresa final es que cuando

éstos logran por fin huir del territorio "simiesco" a la Zona Prohibida se encuentran en una playa, de cuyas arenas emergen los restos de la mismísima estatua de la Libertad neoyorquina que Bertholdi esculpió y los franceses regalaron a los EE.UU. Resulta pues que el tan extraño planeta no es otro que la Tierra y los fugitivos están en plena isla de Bedloc; como si hubieran ido en una excursión de recreo. Pero la cosa no termina tan fácilmente y en las secuelas fílmicas, tanto ellos como otro astronauta, Brent, terminarán por ser disputados por gorilas y mutantes (semi-humanos). Ante la muerte de sus compañeros, y su propio peligro, Taylor se decidirá a hacer explotar una bomba de cobalto; que se cargará la Tierra y todos sus habitantes si no fuera porque la serie tiene que seguir, aunque sólo sea porque los productores se gastaron ya en el filme inicial la tira de millones. Y terminamos por no saber si la famosa explosión se produjo en 1990 o 2.000 años después. De todos modos, el argumento no deja de ser original. Basado en la novela **Monkey Planet**, de Pierre Boulle, la dirección corrió a cargo de Franklin J. Schaffner. Indudablemente, la labor de maquillaje simiesco de rostros y cuerpos de tantos actores constituyó una labor de chinios y costó un millón de dólares. Así no es extraño que Chambers fuera premiado; aunque no han faltado los "peguistas" que opinan que la caracterización del monstruo de Frankenstein o de King-Kong fueron superiores. Pero no es lo mismo maquillar a un actor que a un gimnista (pongo por ejemplo). Así que reconozcamos a Chambers lo que mereció en buena lid. Y no olvidemos a Jerry Goldsmith, el músico "espacial" (de este **Planet, Alien-Outland**, que con John Williams **Close Encounters of the Third Kind Star Wars, Superman**) y otros compositores se encargan de deleitarnos con sus estupendas y estruendosas obras cuando empezamos a cansarnos de viajar por el espacio por tiempo teóricamente indefinido (y prácticamente, más largo en las producciones "espaciales" que en los dramas y comedias "terrenales"). ■